



Fig. No. 54.- Período de refinamiento. Rostro de un mutilado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (059-004-002)



Fig. No. 55.- Período de refinamiento. Miniatura escultórica que representa a un ciego.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-148)



Fig. No. 56.- Período de refinamiento. Escultura antropomorfa en la que el artista hace derroche de detalles y se muestra cuidadoso con las proporciones.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (033-002-003)



Fig. No. 57.- Período de refinamiento. El perro autóctono, fielmente representado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (091-002-010)



Fig. No. 58.- Cuarto período. Idealización de una papa, en la que se han plasmado varios rostros de mutilados.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (086-005-003)



Fig. No. 59.- Cuarto período. Venado antropomorfizado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-007-194)



Fig. No.60.- La danza de la muerte. Relieve obtenido de la vasija que ilustra el capítulo del culto a los muertos.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

Bien que el busto de un individuo puede repetirse, pero en cada uno se advierte la inspiración propia del artista que lo modeló. También hubo la tendencia de romper los moldes de una obra apenas se terminaba el trabajo; de allí que éstos sean escasos. El artista mochica original no está de acuerdo con la repetición de sus obras.

En sus esculturas no solamente procuraron representar a los individuos sentados, sino en el acto mismo del movimiento. Así, pues, se observan mensajeros, militares, músicos e inválidos, entre otros, representados en su propia actitud de vida. Además de esto, tenemos escenas de la vida real: individuos atacados por las fieras, actos de mutilación, sacrificios de despenamiento y otros.

La más bella fuente de inspiración del artista mochica estuvo indudablemente en la vida real, aunque después la escultura simbólica le permite dar rienda suelta a su poderosa imaginación y crear las imágenes más exóticas. Sus figuras simbólicas adquieren gran potencialidad artística, algunas de ellas producto de genios que mezclan lo bello, lo natural y lo grotesco para crear ejemplares caprichosos de gran originalidad (Figs. Nos. 58 y 59). Uno de los principios fundamentales que se le impone al

mochica es el culto a los muertos, lo cual acucia su fantasía y produce escenas a las que da toda la vida y movimiento posible. Así ocurre, por ejemplo, con la magistral escena de la danza simbólica de los muertos que aparece en la ilustración de la publicación respectiva. Sabiendo que la vida no termina con la muerte física, su preocupación es el más allá, y de acuerdo con sus principios cree en la supervivencia de la esencia que anima el cuerpo (Fig. No. 60).

En la idealización de los frutos, la capacidad creadora del escultor se manifiesta ampliamente, y la religión inspiradora de su arte desde el primer momento la consagra y eleva. En todas sus obras, el artista mochica es observador y de gran espíritu analítico; procura, en pocas y enérgicas líneas, encerrar la expresión completa. En sus producciones no se ve la paciente y relamida manera de tratar detalles, sino la fuerza del genio, conocedor de que en las artes plásticas el detalle se subordina y adquiere valor por la perfección del conjunto.

La escultura mochica, como hemos venido observando, es la más alta expresión artística de nuestra prehistoria y la que mayor fuerza cultural encierra.